



JOYAS

DE BARRO VACCEAS

Hace cuarenta años la ya obra clásica de Klaus Radatz, *Die Schatzfunde der Iberischen Halbinsel*, proporcionaba la primera síntesis sobre la orfebrería prerromana de la Península Ibérica, individualizando un “Nordmeseta Gruppe” en torno a Palencia y otro “Soria Gruppe” en el Alto Duero, pero vinculando ambos grupos a la orfebrería ibérica como contraposición a la “Castro-Kultur” del Noroeste peninsular.

Veinte años después Delibes y Esparza publicaban, en un monográfico de la desaparecida *Revista de Arqueología* dedicado a *El oro en la España prerromana*, un trabajo específico sobre “Los tesoros prerromanos de la Meseta Norte y la orfebrería celtibérica”, incorporando, a partir de los hallazgos más recientes —Arrabalde (Zamora) y Padilla de Duero (Valladolid), entre otros—, sólidos argumentos para la caracterización

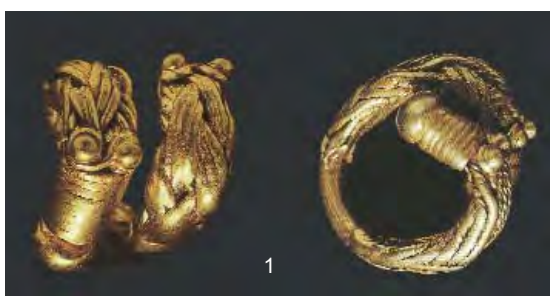
de este grupo, al que se le despojaba de su vínculo ibérico y se adjetivaba de “celtibérico”.

Al día de hoy creemos necesario hablar de una “orfebrería vaccea” y no celtibérica. Y ello por cuanto aquella adjetivación partía de un paradigma, nunca bien definido y en gran medida caduco, que ponía el acento en un supuesto fenómeno de “celtiberización”; un proceso de homogeneización cultural de la Cuenca del Duero, argumentado fundamentalmente en la extensión de un fósil guía —la cerámica torneada anaranjada y pintada—, del que se reconocía un precario conocimiento, ceñido a los siglos II y I a.C. Precisamente la excavación de la necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* y los datos cruzados que vienen proporcionando las asociaciones materiales de sus tumbas de incineración, combinando tipos metálicos de los siglos IV y III a.C. con un repertorio formal com-

plejo de cerámicas torneadas pintadas junto a otras muchas producciones cerámicas —algunas de ellas tildadas igualmente de “celtibéricas”, como las cajitas zoomorfas—, han permitido comprender mejor el periodo formativo del mundo vacceo, pero también su no disolución en un supuesto “fenómeno celtiberizador”.

Aunque no es nuestra intención enredarnos en cuestiones terminológicas, nada accesorias e inocentes por otro lado, la breve referencia a este problema parece imprescindible para entrar a valorar las piezas que incluimos en esta nueva sección *Pieza vaccea del año* de *Vaccea Anuario*. Traemos, en efecto, a su consideración y estudio preliminar unos ejemplares cerámicos extraordinarios aparecidos durante las campañas de 2007 y 2008 que creemos no son otra cosa que “joyas de barro”, es decir, imitaciones en cerámica de algunos de los

Coleteros áureos: (1), de Arrabalde (Zamora) y (2), de Saldaña (Palencia) (según G. Delibes y A. Esparza), rematados ambos en sendas cabezas de caballo. Uno de los dos zarcillos para el pelo en barro (3), recuperados en la tumba 127b, de la necrópolis de Las Ruedas, *Pintia*.



tipos de mayor singularidad de la orfebrería, que vienen, bajo nuestra perspectiva, a subrayar una especificidad vaccea, frente a la “celtibérica”, para estas joyas, además de abrir nuevas vías a la interpretación social para las mismas.

Los hallazgos

Dos de las piezas proceden de la tumba doble sincrónica 127, concretamente de la 127b correspondiente a una niña de seis o siete años. Aunque en el anterior número de *Vaccea Anuario* se interpretaban como miniaturizaciones de trompas numantinas, conviene al caso rectificar ahora y entenderlas como imitaciones de los conocidos coleteros o zarcillos para el pelo que, en hierro, bronce u oro, comparecen en diversos yacimientos meseteños de la Edad del Hierro.

En efecto, dentro de este tipo de piezas, conformadas por un arete abierto de vuelta o vuelta y media, a veces sobrepasada, podrían distinguirse dos variantes formales: una de trazado perfectamente circular, otra con cierto acodamiento en su parte media; ambas reproducen en ocasiones bellas cabezas de caballo en sus extremos y encuentran sus mejores y más bellos ejemplos, respectivamente, en cuatro piezas comple-

tas de Arrabalde y otra fragmentada de Saldaña (Palencia).

Precisamente en estas joyas filigrana al aire y granulado se alternan para emular aquí las crines trenzadas, allá las orejas o los ojos, en el extremo el hocico del animal, con una economía de medios y disposición precisa verdaderamente magistral.

Estas piezas, tal y como acabamos de describirlas, se muestran características de la orfebrería meseteña, ya que en el mundo ibérico se desconocen y en el galaico, pese a documentarse, ofrecen un aspecto más sobrio y un mayor desarrollo, con casi tres vueltas.

Sus copias en bronce o hierro aparecen en la propia Saldaña, en este caso en los fosos de La Morterona, y también en *Pintia* dónde, además de algunos hallazgos superficiales chapados en electrón, se han podido recuperar en su contexto preciso dentro de sendas tumbas como la 151 —en bronce y acodado— o la 77 —de hierro, haciendo juego aparentemente con un torques de extremos vueltos también en este metal—.

La segunda pieza que presentamos es una fíbula anular hispánica, igualmente de barro, aparecida en la tumba 153. Responde al modelo de un tipo de imperdible sistematizado hace años por Emeterio Cuadrado, cuyos cali-

ficativos aluden acertadamente, de un lado a su característico anillo, que proporciona estabilidad sobre el ropaje, y de otro a su distribución exclusivamente ibérica, si bien hacia el noroeste peninsular se rarifica hasta desaparecer. Dentro de la extensa gama de tipos y variantes existentes su elaboración en oro, plata, bronce o hierro nos era conocida, pero no así en cerámica, como viene a mostrar este nuevo ejemplar.

Sus dimensiones, de unos cuatro centímetros de diámetro y tres de altura, indican que se trata de una pieza reproducida a tamaño natural y con intrínseco valor funcional, como en el caso de los zarcillos para el pelo descritos previamente. Aspecto éste derivado de una doble consideración: en primer lugar, que el sistema de anclaje realizado en los ejemplares metálicos mediante el sistema de resorte y aguja, aquí fue sustituido por un simple pasador a modo de aguja sin resorte —de materia orgánica o incluso, tal vez, una de las agujas de coser incluidas en el ajuar de la tumba—, que atravesaría los dos orificios que taladran al anillo en paralelo al puente; en segundo lugar, por el hecho de que la pieza fuera cocida para dotarla de la consistencia necesaria, es decir, que no constituyera un mero elemento simbólico elaborado y amortizado en el momento mismo de la muerte de la niña.

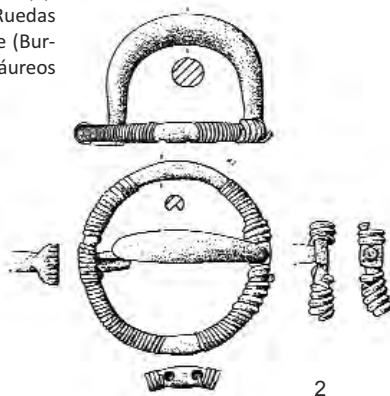
No nos resta ninguna duda, por otro lado, de que la fíbula de barro está imitando modelos metálicos, en particular aquellos ejemplares de barroca decoración, hechos en plata, pero revestidos de chapa, filigrana y gránulos de oro, de los que apenas conocemos cuatro ejemplares, dos de uno de los tesoros de Arrabalde, otro de El Bierzo y un cuarto de San Martín de Torres. Su equivalencia en ejemplares bronceos contemporáneos, imitaciones más asequibles de éstos, son los tipos denominados por Cuadrado “de anillo grueso”, “de puente ancho” y “de cartela”.

La cronología baja de estas producciones, acorde al proceso de conquista romana para la zona, no debe llevarnos a confundir el contexto de ocultación de estos tesorillos, con su génesis y más que probable herencia de generación en generación. En este sentido, el atavismo del modelo queda perfectamente de manifiesto en la consideración del peculiar y exclusivo sistema de ensamblaje de anillo y puente en este modelo. En el ejemplar de San Martín de Torres la pérdida de la chapa áurea de recubrimiento de esa

Diversos modelos de Fíbula Anular Hispánica: en cerámica (1), procedente de la tumba 153 de la necrópolis de Las Ruedas de *Pintia*; en bronce (2), de la tumba 31 de Miraveche (Burgos); en plata con recubrimiento de chapa y filamentos áureos (3), de San Martín de Torres (León).



1

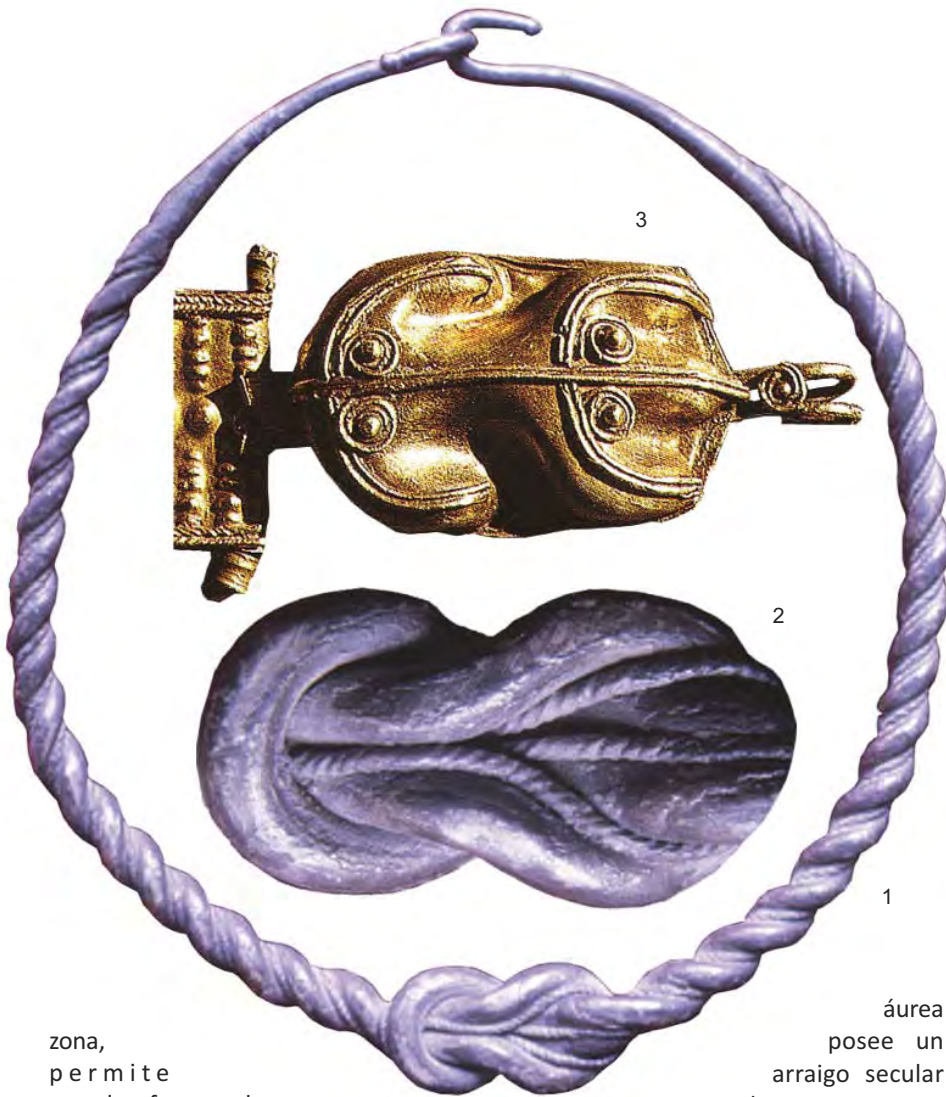


2



3





Torques de plata con *nodus herculeus* del tesoro núm. 1 de Las Quintanas de *Pintia* (1) y detalle del mismo (2) que podría estar imitando la iconografía del “zoomorfo en perspectiva cenital” representado en piezas como el broche de cinturón áureo (3) del tesoro núm. 2 de Arrabalde (Zamora) (según G. Delibes y A. Esparza), o la vasija de almacenamiento (4) recuperada en Roa de Duero (Burgos), la vieja *Rauda*.

zona, permite ver la forma de unión de la cabecera: mediante un sistema de embutido y remachado de la cabeza del puente en el anillo, aspecto que, junto a otros detalles formales como el puente amorcillado, el anillo engrosado en la mitad diametralmente opuesta al eje del puente, o la presencia de arrollamientos en toda la superficie anular, menos en dicho engrosamiento, otorga una singularidad y una personalidad indiscutible al tipo.

Aspectos técnicos y formales todos ellos que uno de nosotros definió hace ya un tiempo en ejemplares bronceos de necrópolis burgalesas como Miraveche, tumba 31, o Villamorón y también en el propio cementerio de Las Ruedas, a través de numerosas piezas obtenidas en posición secundaria, y cuya cronología remontando al siglo IV a.C. viene a demostrar cómo los tipos de las joyas áureas responden a estéticas y soluciones técnicas —en este caso la forma de unir el puente al anillo y sus caracteres complementarios— de una gran antigüedad.

En suma, vemos en este caso también que la fíbula anular hispánica

áurea posee un arraigo secular en la zona vaccea y área de influencia más directa, desconociéndose en la zona galaica y en el mundo ibérico. Los tesoros de Arrabalde, aunque en territorio astur, entrarían en dicho espacio influido al encontrarse a tan solo veinticinco kilómetros en línea recta del curso del río Esla, divisoria natural entre aquel y el vacceo. Solo bajo dicha influencia —y no de la más difusa e inconcreta celtibérica— se explicaría la presencia por ejemplo del broche de cinturón áureo del tesoro segundo de Arrabalde que incluye la representación del cuadrúpedo en perspectiva cenital, tan presente en diferentes contextos, habitacionales o necropolitanos, y soportes del mundo vacceo, ya sea en piedra, barro, bronce o hierro, e incluso, por qué no, en algunas joyas como los torques de *nodus herculeus*.

En efecto, abriendo un corto paréntesis para intentar explicar la presencia de ese tipo de detalle ornamental que decora un buen número de *viria* meseteños, la extrañeza que ofrece su presencia en zonas tan interiores de la Península Ibérica, cuando sus paralelos

se encuentran en el mundo helenístico y faltan claros nexos ibéricos, podría disiparse, en alguna medida, de ser interpretados como representaciones igualmente de animales en perspectiva cenital, a cuya mirada y percepción sin duda los vacceos y sus vecinos estarían más acostumbrados que nosotros. Para su introducción desde el ámbito mediterráneo al interior peninsular se ha valorado, aunque con reservas, el mundo púnico, desde Gadir donde el motivo, que no su asociación al torques, se documenta a partir del culto que mantuvo la ciudad en el templo dedicado al Hércules gaditano. Esta vía alternativa al mundo helenístico podría cobrar mayor peso ahora que en *Pintia* hemos hallados piezas como la cuenta de collar del Jano bifronte de la tumba 144 o el colgante-amuleto consistente en un figura de un personaje togado, de pasta vítrea verdosa, recuperado superficialmente. Así pues, sobre el motivo de un *nodus herculeus* importado, los vacceos realizarían su propia *interpretatio*, visualizando el característico animal en perspectiva cenital; ello justificaría el arraigo de este tipo de torques en la Meseta, con ocho ejemplares frente al único de Menjíbar en Andalucía, considerado incluso este préstamo meseteño.

La tercera pieza que comentaremos no posee un contexto preciso, ya que se trata de un objeto recuperado en posición secundaria, correspondiente a una tumba destruida, aunque próxima a la tumba 153, por lo que *grosso modo* se beneficiaría de una común cronología. El



Colgantes en pasta vítrea de *Pintia*: sobre estas líneas un personaje togado hallado superficialmente en el poblado de Las Quintanas; a la izquierda abalorios elipsoidales junto a una cuenta policroma de Jano bifronte, de la tumba 144 de Las Ruedas



o al granulado característico —con pequeños botones o perlitas aplastadas, a veces superpuestas dos a dos, éstas presentes en los tres tipos de joyas de barro, aunque especialmente en la arracada—.

El significado

Finalmente, procurando trascender la materialidad de los objetos e intentando ver qué tipo de conductas sociales representan, cabría preguntarse ¿por qué o para qué unas joyas de barro?

La auténtica orfebrería, materializada en la acumulación de joyas y monedas en los tesorillos prerromanos, se ha vinculado tradicionalmente a fortunas personales o familiares, no comunitarias por tanto, siendo considerada expresión de los excedentes obtenidos. Tales objetos, exclusivos de los aristócratas vacceos, no fueron sin embargo depositados en las tumbas, para acompañar a sus propietarios en el más allá, por lo que, teniendo en cuenta algunos aspectos crono-tipológicos antes señalados, seguramente fueron heredados, pasando de generación en generación. Estas joyas, a su intrínseco valor económico, incorporaban sobre todo un alto valor simbólico, proporcionando signos externos para las elites vacceas y vecinas de exclusividad.

La presencia de “joyas de barro” en el cementerio de Las Ruedas se beneficia afortunadamente de un contexto preciso, si no para la arracada, sí para los dos zarcillos de pelo y la fíbula anular hispánica, aparecidas, respectivamente en las tumbas 127b y 153; sepulturas en ambos casos de una gran riqueza material y correspondientes a individuos infantiles que, a juzgar por la presencia de agujas bronceas de coser en sus ajuarres, nos inclinamos a considerar de niñas.

La naturaleza excepcional de estos conjuntos (véanse las campañas de excavación de 2007 y 2008 en *Anuario Vaccea* núms. 1 y 2) indica que nos hallaríamos ante la representación simbólica, filtrada y normalizada para el ámbito funerario, de objetos identificadores de la posición social dominante de las elites de *Pintia*, si bien adaptadas al espacio funerario y a la condición infantil de sus destinatarios.

La edad de estas niñas con no ser elevada, sería la suficiente —en el caso de la de la tumba 127b de seis o siete

ejemplar cerámico imita, sin ninguna duda, a una arracada áurea con cuerpo de lúnula rematado en un apéndice triangular, a base de un racimo de uvas. Su tamaño, de 7,2 por 3,5 cm, supera ligeramente el de las piezas en que se inspira, pero este exceso puede entenderse necesario para facilitar la ejecución del granulado a base de pellitas de barro superpuestas unas sobre otras. En este caso desconocemos ejemplares similares en bronce o hierro, si bien existen algunos de mayor simplicidad constituidos básicamente por un cuerpo en forma de creciente lunar.

Este tipo de arracada, siempre en oro, ha sido destacado como uno de los elementos que confiere mayor personalidad a esta orfebrería meseteña ya que, pese a su inspiración en modelos mediterráneos de lúnulas y finos racimos de uvas, el extraordinario espesor y macidez de esos racimos, así como la presencia de otras variantes de remates que incluyen bellotas, campánulas o bucráneos, le otorgan una exclusividad indiscutible. Probablemente el mejor de todos los tesoros por el número de arracadas que incluye y su variedad —cinco pares, aunque

guno sea exactamente igual— sea el número 2 de *Pintia*, descubierto en los años ochenta del siglo pasado en la ciudad de Las Quintanas, aunque también son muy destacables la pareja de piezas de Paredes de Nava (Palencia) o el conjunto de Arrabalde.

En suma, hemos visto diversos objetos de orfebrería que tienen sus equivalentes en otros metales no nobles, ya sean el bronce o el hierro, y cuya cronología nos remite a los siglos II-I a.C., fechas que tradicionalmente han sido las barajadas para la orfebrería meseteña. Pero también hemos presentado tres piezas de cerámica, inéditas hasta ahora, que imitan diferentes tipos de joyas áureas. Imitación que se concreta en aspectos formales, pero también decorativos, aludiendo ya sea a la filigrana —mediante una serie de trazos incisos oblicuos en los zarcillos, o multitud de finas y desordenadas impresiones frontales en las arracadas—,



Arracadas: arriba, de barro de la necrópolis de Las Ruedas de *Pintia*; abajo áurea de Arrabalde (Zamora) (según G. Delibes y A. Esparza), y tipo de pendiente áureo en el que se inspira.



Tesorillo número 2 de Las Quintanas, *Pintia*.

años— para que sus nobles familias hubieran concebido fundadas esperanzas de que alcanzaran la etapa adulta y, en consecuencia, para que hubieran experimentado una enorme frustración y duelo por su pérdida: en el terreno afectivo, lógicamente, lo que explicaría en gran medida la riqueza de las ofrendas y ajuares funerarios presentes en ambas tumbas —50 y 100 objetos respectivamente—, pero también en un aspecto mucho más pragmático, como sería la pérdida de un elemento clave de las relaciones estratégicas intercomunitarias, a través de la práctica exogámica probablemente no muy lejana ya a esa edad, y de la deseada descendencia, pues, como ha señalado Teresa Chapa, “la infancia es un sector de importancia vital para cualquier grupo humano, puesto que de su existencia y formación depende la reproducción física e ideológica de la población como unidad diferenciada”. En dicha reproducción social debió de tener una gran importancia el establecimiento y mantenimiento de dichas relaciones intercomunitarias a través del matrimo-

nio fuera del grupo de filiación; la consecuencia habitual sería que las mujeres viajarían de su grupo endógeno al ajeno, máxime en una sociedad como la vaccea habitante del sector central de la cuenca sedimentaria del Duero y carente, en consecuencia, de cualquier recurso de minerales o de piedras como el granito que, necesariamente, habría de obtener del intercambio con otras comunidades vecinas.

Unas niñas, en suma, cuyas muertes prematuras habrían representado un duro golpe emocional para sus familias y allegados, pero también una verdadera pérdida “dinástica” de gran calado. La ruptura en la vía hereditaria de estos símbolos de poder que acontecería solamente entre los vivos, llevaría a trasladar a sus tumbas, de manera simbólica mediante las réplicas de barro, estos objetos suntuarios. Solo así podría cumplirse la norma de no amortizar en las tumbas las joyas y esa posible transmisión de generación en generación de estos bienes especiales.

Resulta muy sugerente en este línea de interpretación comprobar cómo la niña de la tumba 127b, junto a los dos zarcillos cerámicos para el pelo descritos previamente, contaba entre los elementos metálicos de su ajuar con una fíbula anular hispánica de bronce, curiosamente de un modelo muy antiguo, por lo que no dudamos en considerarla reliquia que habría sido heredada en sucesivas ocasiones hasta decidir amortizarla junto a ella. Objetos heredados, posibles dotes futuras, que en el caso de la orfebrería quedarían representadas a través de estas bellas y sorprendentes joyas de barro; piezas que, volviendo a cuanto indicábamos en la introducción a estas páginas, no parecen sino venir a abundar en la auténtica filiación vaccea de dicha orfebrería.*

Carlos Sanz Mínguez
Fernando Romero Carnicero

* Este trabajo se ha desarrollado en el marco del Proyecto de Investigación de I+D+i (2004-2007) *Vacceos: identidad y arqueología de una etnia prerromana en el valle del Duero* (HUM2006-06527/HIST), de la Dirección General de Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia.